

EL TEMOR DE UN HOMBRE SABIO

Crónica del Asesino de Reyes: segundo día

PATRICK ROTHFUSS

Traducción de
Gemma Rovira

PLAZA  JANÉS

El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionadas con los más altos estándares ambientales, lo que garantiza una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Por este motivo, Greenpeace acredita que este libro cumple los requisitos ambientales y sociales necesarios para ser considerado un libro «amigo de los bosques». El proyecto «libros amigos de los bosques» promueve la conservación y el uso sostenible de los bosques, en especial de los bosques primarios, los últimos bosques vírgenes del planeta.

Título original: *The Wise Man's Fear. The Kingkiller Chronicle: Day Two*

Primera edición: noviembre, 2011

© 2011, Patrick Rothfuss
© 2011, Random House Mondadori, S.A.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2011, Gemma Rovira Ortega, por la traducción

Ilustración del mapa: © 2007, Dave Senior, sobre un diseño realizado con el asesoramiento de Patrick Rothfuss. Mapa cedido por The Orion Publishing Group, Londres.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Printed in Spain – Impreso en España

ISBN: 978-84-01-33963-9

Depósito legal:

Compuesto en Anglofort, S. A.

Impreso en
Encuadrado en

L 3 3 9 6 3 9

A mis pacientes lectores, por consultar mi blog y asegurarme
que preferían un libro excelente, aunque me llevase
algo más de tiempo.

A mis brillantes lectores beta, por su inestimable ayuda
y por tolerar mi obsesión por la confidencialidad,
rayana en la paranoia.

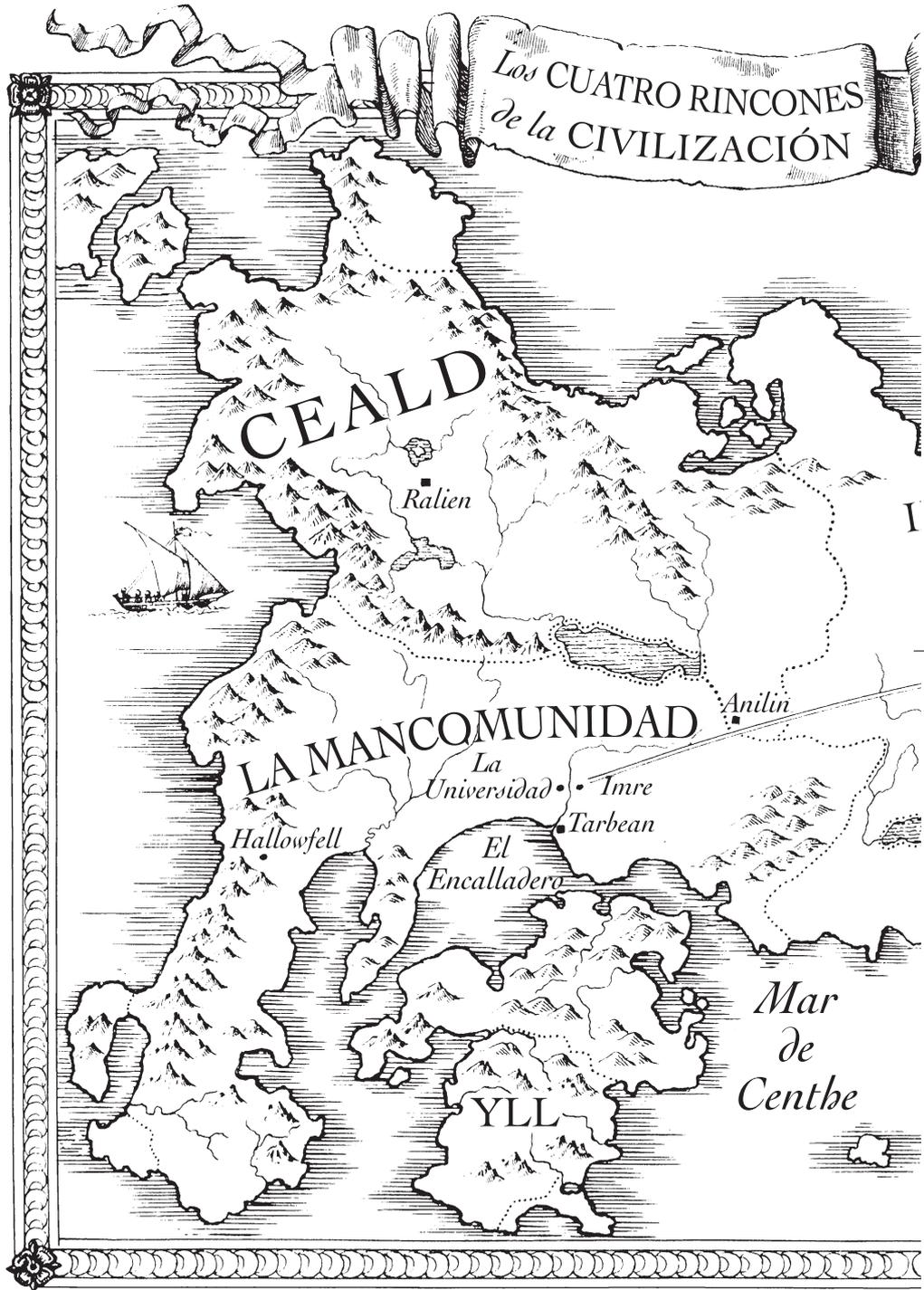
A mi fabuloso agente, por ahorrarme trabajo
y hacerme la vida más fácil.

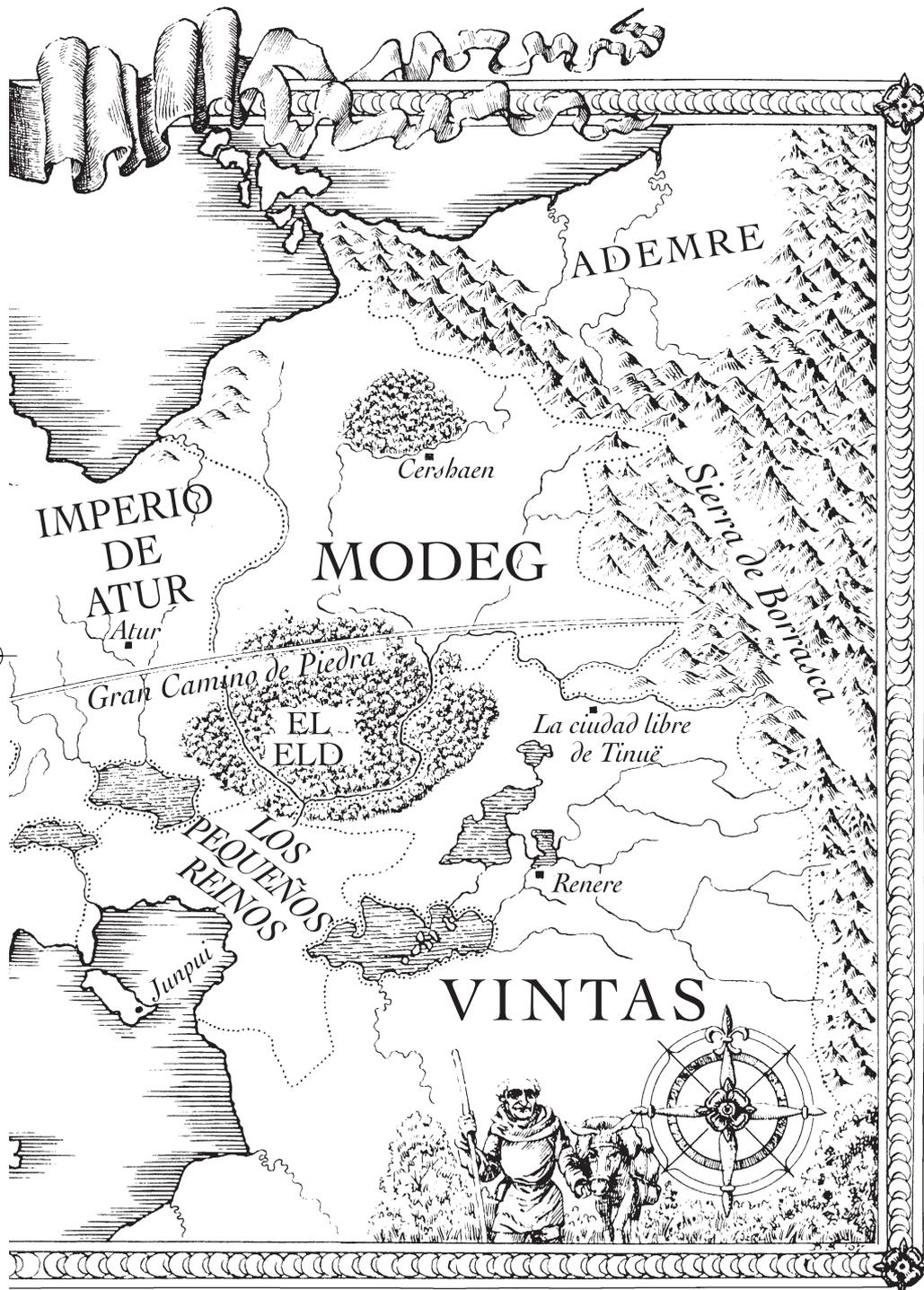
A mi sabia editora, por concederme el tiempo y el espacio
para escribir un libro del que me enorgullezco.

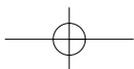
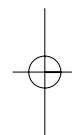
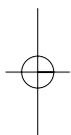
A mi querida familia, por apoyarme y recordarme que es bueno
salir de casa de cuando en cuando.

A mi comprensiva compañera, por no abandonarme cuando
la tensión de unas revisiones interminables me convertía
en un monstruo insufrible.

A mi adorado hijito, por quererme aunque siempre tenga
que marcharme a escribir. Incluso cuando nos lo estamos pasando
en grande. Incluso cuando estamos hablando de patos.







PRÓLOGO

Un silencio triple

Amanecía. En la posada Roca de Guía reinaba el silencio, un silencio triple.

El silencio más obvio era una calma inmensa y resonante, constituida por las cosas que faltaban. Si hubiera habido una tormenta, las gotas de lluvia habrían golpeado y tamborileado en la enredadera de selas de la fachada trasera de la posada. Los truenos habrían murmurado y retumbado y habrían perseguido el silencio calle abajo como hacían con las hojas secas del otoño. Si hubiera habido viajeros agitando dormidos en sus habitaciones, se habrían removido inquietos y habrían ahuyentado el silencio con sus quejidos, como hacían con los sueños deshilachados y medio olvidados. Si hubiera habido música... pero no, claro que no había música. De hecho, no había ninguna de esas cosas, y por eso persistía el silencio.

En la posada Roca de Guía, un individuo moreno cerró con cuidado la puerta trasera. Moviéndose en la oscuridad más absoluta, cruzó la cocina y la taberna con sigilo y bajó por la escalera del sótano. Con la facilidad que confiere una larga experiencia, evitó los tablones sueltos que pudieran crujir o suspirar bajo su peso. Cada paso lento que daba solo producía un levísimo *tap* en el suelo. Su presencia añadía un silencio, pequeño y furtivo, al otro silencio, resonante y mayor. Era una especie de amalgama, un contrapunto.

El tercer silencio no era fácil reconocerlo. Si pasabas largo rato escuchando, quizá empezaras a notarlo en el frío del cristal de la ventana y en las lisas paredes de yeso de la habitación del posadero. Estaba en el arcón oscuro que había a los pies de una cama dura y estrecha. Y estaba en las manos del hombre allí tumbado, inmóvil, atento a la pálida insinuación de la primera luz del amanecer.

El hombre tenía el pelo rojo como el fuego. Sus ojos eran oscuros

y distantes, y yacía con el aire de resignación de quien ha perdido hace ya mucho toda esperanza de conciliar el sueño.

La posada Roca de Guía era suya, y también era suyo el tercer silencio. Así debía ser, pues ese era el mayor de los tres silencios, y envolvía a los otros dos. Era profundo y ancho como el final del otoño. Era grande y pesado como una gran roca alisada por la erosión de las aguas de un río. Era un sonido paciente e impasible como el de las flores cortadas; el silencio de un hombre que espera la muerte.

1

Manzana y baya de saúco

Bast estaba apoyado en la barra de caoba, aburrido. Paseó la mirada por la estancia vacía, suspiró y rebuscó hasta que encontró un trapo de hilo limpio. Entonces, con gesto de resignación, empezó a limpiar una parte de la barra.

Pasados unos momentos, se inclinó hacia delante y, entornando los ojos, examinó una mota apenas visible. La rascó y frunció el entrecejo al ver la mancha de grasa que había dejado con el dedo. Se encorvó un poco más, echó el aliento sobre la barra y la frotó con ímpetu. Luego se detuvo, volvió a exhalar con fuerza sobre la madera y escribió una palabra obscena en la película que había formado el vaho.

Dejó el trapo y avanzó entre las mesas y las sillas vacías hacia las amplias ventanas de la taberna. Se quedó allí de pie largo rato, contemplando la calle polvorienta que atravesaba el centro del pueblo.

Bast dio otro suspiro y empezó a pasearse por la estancia. Se movía con la elegancia desenfadada de un bailarín y con la perfecta indolencia de un gato. Pero cuando se pasó las manos por el cabello oscuro, su gesto reveló inquietud. Sus ojos azules recorrían incesantemente la habitación, como si buscaran una salida. Como si buscaran algo que él no hubiera visto ya un centenar de veces.

Pero no había nada nuevo. Mesas y sillas vacías. Taburetes vacíos junto a la barra. Detrás de esta, sobre un aparador, se erguían dos barriles inmensos: uno de whisky y el otro de cerveza. Entre los dos barriles había una amplia colección de botellas de diversas formas y colores. Sobre las botellas colgaba una espada.

Bast posó la mirada en las botellas. Se concentró en ellas y las examinó largo rato; fue detrás de la barra y cogió una pesada jarra de arcilla.

Inspiró hondo, apuntó con un dedo a la primera botella de la hilerera inferior y empezó a recitar para sí mientras iba contando:

Arce. Mayo.
Canta y baila.
Ceniza y brasa.
Del saúco la baya.

En el momento de pronunciar la última palabra, Bast señalaba una botella rechoncha de color verde. Le quitó el corcho, dio un sorbo tentativo, arrugó la cara y se estremeció. Dejó rápidamente la botella y cogió otra, roja y curvilínea. De esa también dio un sorbo; se restregó los labios con aire pensativo, asintió con la cabeza y vertió un chorro generoso en la jarra.

Señaló la siguiente botella y empezó a contar de nuevo:

Lana. Dama.
Noche lunera.
Sauce. Ventana.
Luz de candela.

Esa vez le tocó a una botella transparente que contenía un líquido de color amarillo pálido. Bast le quitó el corcho y, sin molestarse en probar antes, vertió un buen chorro en la jarra. Dejó la botella, cogió la jarra y la agitó con gesto teatral antes de beber un trago. Compu-so una sonrisa de satisfacción y le dio a la última botella con un dedo, haciéndola sonar brevemente antes de empezar de nuevo a entonar su cancioncilla:

Piedra. Duela.
Barrica y cebada.
Viento y agua...

Se oyó crujir una tabla del suelo. Bast alzó la mirada y esbozó una sonrisa.

—Buenos días, Reshi.

El posadero pelirrojo estaba al pie de la escalera. Se pasó las manos, de dedos largos, por el delantal limpio y por las mangas de la camisa.

—¿Se ha despertado ya nuestro invitado?

Bast negó con la cabeza.

—No ha dicho ni mu ni pío.

—Ha pasado dos días muy agitados —repuso Kote—. Seguramente le estarán pasando factura. —Vaciló un momento; luego levantó la barbilla y olfateó el aire—. ¿Estabas bebiendo? —El tono de la pregunta era más de curiosidad que acusador.

—No —contestó Bast.

El posadero arqueó una ceja.

—Estaba «catando» —puntualizó Bast—. Catar va antes que beber.

—Ah —replicó el posadero—. Entonces, ¿estabas preparándote para beber?

—¡Dioses minúsculos, sí! Y en exceso. ¿Qué más se puede hacer aquí? —Bast sacó su jarra de debajo de la barra y miró en ella—. Confiaba en encontrar licor de baya de saúco, pero solo había un brebaje de melón. —Hizo girar el contenido de la jarra mientras lo examinaba—. Y algo con especias. —Dio otro sorbo y entornó los ojos con aire pensativo—. ¿Canela? —preguntó mirando las hileras de botellas—. ¿No tenemos licor de saúco?

—Debe de estar por ahí —contestó el posadero sin molestarse en mirar las botellas—. Deja eso un momento y escúchame, Bast. Tenemos que hablar de lo que hiciste anoche.

Bast se quedó muy quieto.

—¿Qué hice, Reshi?

—Detuviste a esa criatura del Mael —dijo Kote.

—Ah. —Bast se relajó e hizo un ademán quitándole importancia—. Solo lo paré un poco, Reshi. Nada más.

—Te diste cuenta de que no era simplemente un loco —dijo Kote meneando la cabeza—. Trataste de prevenirnos. Si no llegas a ser tan rápido...

—No fui muy rápido, Reshi. —Bast frunció el entrecejo—. Mató a Shep. —Bajó la mirada hacia las tablas del suelo, bien fregadas, cerca de la barra—. Shep me caía bien.

—Todos pensarán que nos salvó el aprendiz del herrero —dijo Kote—. Y seguramente sea mejor así. Pero yo sé la verdad. Si no llega a ser por ti, ese monstruo se los habría cargado a todos.

—Eso no es cierto, Reshi —lo contradujo Bast—. Tú lo habrías matado sin ninguna dificultad. Lo que pasa es que yo me adelanté.

El posadero descartó ese comentario encogiéndose de hombros.

—Lo que sucedió anoche me ha hecho pensar —prosiguió—. No

sé qué podríamos hacer para protegernos. ¿Has oído alguna vez «La cacería de los jinetes blancos»?

—Esa canción era nuestra antes de que os la apropiarais, Reshi —respondió Bast con una sonrisa. Inspiró y cantó con una dulce voz de tenor:

En caballos níveos cabalgaban.
Arcos de asta y cuchillos de plata.
Y a sus frentes ceñían, verdes y rojas,
frescas y flexibles, unas ramas.

El posadero asintió.

—Esa es precisamente la estrofa en que estaba pensando —dijo—. ¿Crees que podrías ocuparte mientras yo lo preparo todo aquí?

Bast asintió con entusiasmo y salió disparado; sin embargo, antes de entrar en la cocina se detuvo y preguntó con ansiedad:

—No empezareis sin mí, ¿verdad?

—Empezaremos tan pronto como nuestro invitado haya comido y esté preparado —respondió Kote. Y, al ver la expresión de su joven alumno, se ablandó un poco—. De modo que calculo que tienes un par de horas.

Bast echó un vistazo al otro lado del umbral y, vacilante, volvió a mirar al posadero. Este, divertido, esbozó una sonrisa.

—Si no has vuelto para entonces, te llamaré antes de empezar. —Y ahuyentándolo con un gesto de la mano, añadió—: Vete ya.

El hombre que se hacía llamar Kote realizó su rutina habitual en la posada Roca de Guía. Se movía como un mecanismo de relojería, como un carromato que avanza por las profundas roderas de un camino.

Primero hizo el pan. Mezcló con las manos harina, azúcar y sal, sin molestarse en pesar las cantidades. Añadió un trozo de levadura del tarro de arcilla que guardaba en la despensa, trabajó la masa, dio forma redonda a las hogazas y las puso a fermentar. Con un badil retiró la ceniza acumulada en el horno de la cocina y encendió el fuego.

A continuación fue a la taberna y prendió la leña en la chimenea de piedra negra que ocupaba la pared norte, después de barrer la ceniza del inmenso hogar. Bombeó agua, se lavó las manos y subió una pieza de cordero del sótano. Recogió encendajas, entró más leña; golpeó el pan, que empezaba a subir, y lo acercó al horno, ya caliente.

Y de pronto ya no había nada más que hacer. Todo estaba preparado. Todo estaba limpio y ordenado. El posadero pelirrojo se quedó de pie detrás de la barra; su mirada fue regresando poco a poco de la distancia para concentrarse en la posada, en aquel momento y en aquel lugar, y acabó deteniéndose en la espada que colgaba en la pared, por encima de las botellas. No era una espada especialmente bonita, ornamentada ni llamativa. Era amenazadora, en cierto modo. Como lo es un alto acantilado. Era gris, sin melladuras y fría al tacto. Estaba tan afilada como un cristal roto. Tallada en la madera negra del tablero había una única palabra: «Delirio».

El posadero oyó unos pasos pesados en el porche de madera. El pasador traqueteó ruidosamente sin que llegara a abrirse la puerta, y a continuación se escucharon un retumbante «¡Hola!» y unos golpes.

—¡Un momento! —gritó Kote. Se apresuró hacia la puerta principal y giró la enorme llave metida en la resplandeciente cerradura de latón.

Al otro lado estaba Graham, con la gruesa mano en alto, a punto de llamar de nuevo. Al ver al posadero, en su rostro curtido se dibujó una sonrisa.

—¿Ha tenido que abrir hoy Bast por ti otra vez? —preguntó.

Kote sonrió, tolerante.

—Es buen chico —continuó Graham—. Un poco nervioso, quizá. Pensaba que hoy no abrirías la posada. —Carraspeó y se miró los pies un momento—. No me habría sorprendido, dadas las circunstancias.

Kote se guardó la llave en el bolsillo.

—La posada está abierta, como siempre. ¿En qué puedo ayudarte?

Graham se apartó del umbral y apuntó con la barbilla hacia fuera, donde había tres barriles junto a una carreta. Eran nuevos, de madera clara y lustrada, y con aros de metal reluciente.

—Ya sabía que anoche no podría dormir, y aprovecharé para terminar el último. Además, he oído decir que los Benton vendrán hoy con las primeras manzanas tardanas.

—Te lo agradezco.

—Los he apretado bien, para que aguanten todo el invierno. —Graham se acercó a los barriles y, orgulloso, golpeó uno de ellos con los nudillos—. No hay nada como una manzana de invierno para que el hambre no duela. —Miró a Kote con un destello en los ojos y volvió a golpear el barril—. Duela. ¿Lo has captado? ¿Las duelas del barril?

Kote gruñó un poco y se frotó la cara.

Graham rió para sí y pasó una mano por los brillantes aros de uno de los barriles.

—Nunca había hecho un barril con cercos de latón, pero me han quedado bien. Si ceden un poco, me avisas y los ajustaré.

—Me alegro de que hayas podido hacerlos —dijo el posadero—. En el sótano hay mucha humedad. El hierro solo aguantaría un par de años sin oxidarse.

—Tienes razón —coincidió Graham asintiendo—. La gente no suele pensar a largo plazo. —Se frotó las manos—. ¿Me echas una mano? No quiero que se me caiga uno y te deje marcas en el suelo.

Se pusieron a ello. Bajaron dos barriles al sótano, y el tercero lo pasaron por detrás de la barra; cruzaron la cocina y lo dejaron en la despensa.

Después los dos hombres volvieron a la taberna y se quedaron cada uno a un lado de la barra. Hubo un momento de silencio mientras Graham recorría con la mirada la estancia vacía. En la barra faltaban dos taburetes, y donde debería haber habido una mesa quedaba un espacio desocupado. En la ordenada taberna, esas ausencias llamaban tanto la atención como los huecos en una dentadura.

Graham desvió la mirada de una parte del suelo muy bien fregada, cerca de la barra. Se metió una mano en el bolsillo y sacó un par de ardites de hierro sin brillo; casi no le temblaba la mano.

—Sírreme una jarra pequeña de cerveza, ¿quieres, Kote? —dijo con voz áspera—. Ya sé que es temprano, pero me espera un día largo. Tengo que ayudar a los Murrion a recoger el trigo.

El posadero sirvió la cerveza y se la puso delante sin decir nada. Graham se bebió la mitad de un largo trago. Tenía los bordes de los párpados enrojecidos.

—Mal asunto, lo de anoche —dijo sin mirar al posadero, y dio otro sorbo.

Kote asintió con la cabeza. «Mal asunto, lo de anoche.» Lo más probable era que Graham no hiciera ningún otro comentario sobre la muerte de un hombre al que había conocido toda la vida. Aquella gente lo sabía todo de la muerte. Sacrificaban ellos mismos sus animales. Morían de fiebres, de caídas o de fracturas que se complicaban. La muerte era como un vecino desagradable: no hablabas de él por temor a que te oyera y decidiera pasar a hacerte una visita.

Excepto en las historias, por supuesto. Los relatos de reyes envenenados, de duelos y guerras antiguas no causaban ningún problema;

vestían a la muerte con ropajes exóticos y la alejaban de tu puerta. El crup o una chimenea que se incendiaba podían resultar aterradores; el juicio de Gibeá o el asedio de Enfast, en cambio, eran diferentes. Las historias eran como oraciones, como conjuros musitados a altas horas de la noche cuando caminabas solo en la oscuridad. Eran como amuletos de medio penique que le comprabas a un mercachifle por lo que pudiera pasar.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse por aquí ese escribano? —preguntó Graham al poco rato, y su voz resonó dentro de su jarra—. Quizá debería pedirle que me pusiera por escrito algunas cosas, por si acaso. —Frunció un poco la frente—. Mi padre siempre los llamaba «codicilos». No recuerdo cuál es su verdadero nombre.

—Si se trata de bienes tuyos de los que tiene que ocuparse otra persona, se llama transmisión de bienes —dijo el posadero con naturalidad—. Si se refiere a otras cosas, se llama mandamus de últimas voluntades.

Graham miró a su interlocutor y arqueó una ceja.

—Al menos eso es lo que yo tengo oído —dijo el posadero bajando la mirada y frotando la barra con un trapo blanco limpio—. El escribano mencionó algo de eso.

—Mandamus... —murmuró Graham con la jarra muy cerca de la cara—. Creo que le pediré que me escriba unos codicilos y que los legalice como mejor le parezca. —Miró de nuevo al posadero—. Supongo que seguramente habrá otros interesados en hacer algo parecido, en los tiempos que corren.

El posadero frunció el ceño, y al principio pareció un gesto de irritación. Pero no, no era eso. De pie detrás de la barra, ofrecía el aspecto de siempre, y su expresión era plácida y cordial. Asintió ligeramente.

—Comentó que se levantaría hacia mediodía —señaló Kote—. Estaba un poco alterado por lo que pasó anoche. Si aparece alguien antes de esa hora, me temo que no lo encontrará.

—No importa —dijo Graham encogiéndose de hombros—. De todas formas, hasta la hora de comer no habrá ni diez personas en todo el pueblo. —Dio otro sorbo de cerveza y miró por la ventana—. Hoy es un día de mucha faena en el campo, y eso no tiene vuelta de hoja.

El posadero se relajó un tanto.

—Mañana todavía estará por aquí, así que no hay necesidad de que vengan todos hoy. Le robaron el caballo cerca del vado de Abbott, y está buscando otro.

Graham aspiró entre dientes expresando compasión.

—Pobre desgraciado. En plena época de cosecha no encontrará un caballo por mucho que busque. Ni siquiera Carter ha podido sustituir a Nelly después de que aquella especie de araña lo atacara junto al Puente Viejo. —Sacudió la cabeza—. Parece mentira que pueda ocurrir algo así a solo tres kilómetros de tu propia casa. Antes...

Graham hizo una pausa.

—¡Divina pareja, parezco mi padre! —Metió la barbilla e imprimió aspereza a su voz—: «Cuando yo era niño, las estaciones guardaban un orden. El molinero no metía el pulgar en el platillo de la balanza y cada uno se ocupaba de sus asuntos».

En el rostro del posadero se insinuó una sonrisa nostálgica.

—Mi padre afirmaba que la cerveza sabía mejor y que los caminos tenían menos roderas —dijo.

Graham sonrió, pero su sonrisa enseguida se descompuso. Miró hacia abajo, como si le incomodara lo que se disponía a decir:

—Ya sé que no eres de por aquí, Kote. Y eso no es fácil. Hay quien piensa que los forasteros no saben ni la hora que es.

Inspiró hondo; seguía sin mirar al posadero.

—Pero creo que tú sabes cosas que otros ignoran. Tú tienes una visión más... amplia, por así decirlo. —Levantó la mirada y, con seriedad y cautela, la clavó en el posadero; tenía ojeras por la falta de sueño—. ¿Están las cosas tan mal como parece últimamente? Los caminos se han vuelto peligrosos. Hay muchos robos y...

Graham hizo un esfuerzo evidente para no dirigir la vista a la parte de suelo vacía.

—Todos esos impuestos nuevos nos hacen pasar muchos apuros. Los Grayden están a punto de perder su granja. Esa especie de araña... —Dio otro trago de cerveza—. ¿Están las cosas tan mal como parece? ¿O me he vuelto viejo, como mi padre, y a todo le encuentro un sabor amargo comparado con cuando era niño?

Kote se entretuvo frotando la barra, como si se resistiera a hablar.

—Creo que las cosas siempre van mal de un modo u otro —declaró—. Quizá sea que solo nosotros, los mayores, nos damos cuenta.

Graham fue a asentir, pero frunció el entrecejo.

—Pero tú no eres mayor, ¿no? Siempre se me olvida. —Miró de arriba abajo al pelirrojo—. Es decir, te mueves como un viejo y hablas como un viejo, pero no lo eres, ¿verdad? Calculo que tendrás la mitad de mis años. —Lo miró entornando los ojos—. ¿Qué edad tienes, por cierto?

—La suficiente para sentirme viejo —contestó el posadero con una sonrisa que denotaba cansancio.

Graham soltó una risotada.

—Pero no la suficiente para hacer ruidos de viejo. Deberías andar por ahí persiguiendo mujeres y metiéndote en líos. Y dejar que los viejos nos quejemos de lo mal que está el mundo y de cómo nos duelen los huesos.

El anciano carpintero se separó de la barra empujando con ambos brazos y se dirigió hacia la puerta.

—Volveré para hablar con tu escribano cuando paremos para comer. Y no seré el único. Hay muchos que querrán poner por escrito algunas cosas de modo oficial si tienen ocasión.

El posadero inspiró y expulsó el aire despacio.

—Graham...

El carpintero, que ya tenía una mano en la puerta, se volvió.

—No eres solo tú —dijo Kote—. Las cosas van mal, y me dice el instinto que van a empeorar. A nadie le haría daño prepararse para un crudo invierno. Y quizá asegurarse de que podría defenderse, en caso de que fuera necesario. —Se encogió de hombros—. Al menos eso es lo que me dice el instinto.

Graham apretó los labios formando una línea fina. Luego inclinó una vez la cabeza con gesto serio.

—Bueno, me alegro de no ser el único que lo intuye. —Entonces forzó una sonrisa y empezó a arremangarse la camisa al mismo tiempo que se volvía hacia la puerta y decía—: ¡Pero hay que aprovechar mientras se pueda!

Poco después de eso, pasaron los Benton con un carro lleno de manzanas tardanas. El posadero les compró la mitad de las que llevaban y pasó una hora escogiéndolas y almacenándolas.

Metió las más verdes y más firmes en los barriles del sótano; las colocó con cuidado y las cubrió con serrín antes de clavar la tapa. Las que madurarían pronto las llevó a la despensa, mientras que las que tenían algún golpe o algún punto marrón las cortó en cuartos y las metió en una gran tina de peltre para hacer sidra con ellas.

Mientras seleccionaba y guardaba, el hombre pelirrojo parecía contento. Pero si alguien se hubiera fijado, quizá habría visto que, si bien tenía las manos ocupadas, su mirada estaba lejos de allí. Y si bien tenía una expresión serena, casi agradable, no había alegría en

ella. El posadero no tarareaba ni silbaba mientras trabajaba. No cantaba.

Cuando hubo seleccionado la última manzana, cruzó la cocina con la tina de peltre y salió por la puerta trasera. Era una fría mañana de otoño, y detrás de la posada había un pequeño jardín privado, resguardado por unos árboles. Kote echó un montón de manzanas cuarteadas en la prensa de madera y enroscó la tapa hasta que esta empezó a ofrecer resistencia.

A continuación se arremangó la camisa hasta más arriba de los codos, asió el mango de la prensa con sus largas y elegantes manos y lo hizo girar. La tapa descendió, juntando primero las manzanas y luego triturándolas. Girar y asir. Girar y asir.

Si hubiera habido allí alguien mirando, se habría fijado en que aquel hombre no tenía brazos blancuchos de posadero. Cuando hacía girar el mango de madera, se le marcaban los músculos de los antebrazos, duros como cuerdas retorcidas. En la piel se le dibujaba un entramado de cicatrices viejas. La mayoría eran pálidas y finas como las grietas del hielo invernal. Otras eran rojas y terribles, y destacaban en su piel clara.

Las manos del posadero asían y giraban, asían y giraban. Solo se oían el crujido rítmico de la madera y el chorrito lento de la sidra al caer en el cubo que había debajo. Aquella operación tenía ritmo, pero le faltaba música; y la mirada del posadero era ausente y cargada de tristeza, los ojos de un verde tan pálido que casi parecían grises.

2

Acebo

Cronista llegó al pie de la escalera y entró en la taberna de la Roca de Guía con su cartera de cuero colgada del hombro. Se paró en el umbral y vio al posadero pelirrojo encorvado sobre la barra, examinando algo minuciosamente.

Cronista carraspeó y entró en la estancia.

—Discúlpame por haber dormido hasta tan tarde —dijo—. No suelo... —Se interrumpió al ver lo que había encima de la barra—. ¿Estás preparando una tarta?

Kote, que estaba haciendo el reborde de la tarta con dos dedos, levantó la cabeza y, poniendo énfasis en el plural, dijo:

—Tartas. Sí, ¿por qué?

Cronista abrió la boca y la cerró. Desvió la mirada hacia la espada que colgaba, gris y silenciosa, en la pared, detrás de la barra, y luego volvió a dirigirla al posadero, que plisaba meticulosamente el borde de la tapa de masa alrededor del molde.

—Y ¿de qué son? —preguntó.

—De manzana. —Kote se enderezó y, con cuidado, hizo tres cortes en la tapa de masa de la tarta—. ¿Sabes lo difícil que es preparar una buena tarta?

—Pues no —admitió Cronista, y miró alrededor con nerviosismo—. ¿Dónde está tu ayudante?

—Esas cosas solo Dios puede saberlas —respondió el posadero—. Es muy difícil. Me refiero a hacer tartas. Nunca lo dirías, pero el proceso conlleva mucho trabajo. El pan es fácil. La sopa es fácil. El pudín es fácil. Pero la tarta es complicada. Es algo que no descubres hasta que intentas hacer una tú mismo.

Cronista asintió distraídamente, sin saber si se esperaba alguna otra cosa de él. Se descolgó la cartera del hombro y la dejó en una mesa cercana.

Kote se limpió las manos en el delantal.

—¿Sabes esa pulpa que queda cuando prensas manzanas para hacer sidra? —preguntó.

—¿El bagazo?

—¡Bagazo! —exclamó Kote con profundo alivio—. Eso es, el bagazo. ¿Qué hace la gente con él, después de extraer el zumo?

—Con el bagazo de uva se puede hacer un vino flojo —contestó Cronista—. O aceite, pero para eso necesitas mucha cantidad. Pero el bagazo de manzana no sirve para gran cosa. Puedes usarlo como fertilizante o mantillo, pero no es muy bueno. La gente se lo echa como alimento al ganado.

Kote asintió con aire pensativo.

—No pensaba que lo tiraran sin más. Por aquí lo aprovechan todo de una forma u otra. Bagazo. —Hablaban como si saboreara la palabra—. Es algo que me tenía preocupado desde hace dos años.

—En el pueblo cualquiera habría podido decírtelo —replicó Cronista, desconcertado.

—Si es algo que sabe todo el mundo, no puedo permitirme el lujo de preguntarlo —dijo el posadero frunciendo el entrecejo.

Se oyó una puerta que se cerraba y, a continuación, unos alegres y distraídos silbidos. Bast salió de la cocina cargado de pinchudas ramas de acebo envueltas en una sábana blanca.

Kote asintió con gravedad y se frotó las manos.

—Estupendo. Y ahora, ¿cómo...? —Entrecerró los ojos—. ¿Son esas mis sábanas buenas?

Bast miró el bulto que llevaba en las manos.

—Bueno, Reshi —dijo despacio—, eso depende. ¿Tienes sábanas malas?

Los ojos del posadero llamearon airados durante un segundo; luego Kote suspiró.

—Supongo que no importa. —Estiró un brazo y separó una larga rama del montón—. Muy bien, y ¿qué hacemos con esto?

Bast se encogió de hombros.

—Yo tampoco sé qué hacer, Reshi. Sé que los Sithe salían a caballo con coronas de acebo cuando perseguían a los bailarines de piel...

—No podemos pasearnos por ahí con coronas de acebo en la cabeza —dijo Kote con desdén—. La gente hablaría de nosotros.

—Me da igual lo que piensen y digan estos pueblerinos —murmuró Bast, y empezó a trenzar varias ramas largas y flexibles—. Cuando un bailarín se mete en tu cuerpo, eres como un títere movido

por hilos. Si quieren, pueden hacer que te muerdas la lengua. —Levantó la corona, inacabada, y se la puso sobre la cabeza para comprobar la medida. Arrugó la nariz—. Pincha.

—Según las historias que he oído —dijo Kote—, con el acebo también se los puede atrapar en un cuerpo.

—¿No bastaría con que lleváramos hierro? —preguntó Cronista. Los otros dos lo miraron con curiosidad desde detrás de la barra, como si casi se hubieran olvidado de su presencia—. No sé, si es una criatura mágica...

—No digas «criatura mágica» —le espetó Bast—. Pareces un niño pequeño. Es un ser fata. Un Faen, si quieres.

Cronista vaciló un momento antes de continuar.

—Si esa cosa se metiera en el cuerpo de alguien que llevara encima algo de hierro, ¿no le haría daño? ¿No saldría inmediatamente?

—Pueden hacer. Que te muerdas. La lengua —repitió Bast, separando las palabras como si hablara con un niño particularmente estúpido—. Una vez dentro de ti, pueden utilizar tu mano para sacarte los ojos con la misma facilidad con que arrancarías una margarita. ¿Qué te hace pensar que no podrían quitarte una pulsera o un anillo? —Meneó la cabeza y se miró los dedos mientras entrelazaba hábilmente otra rama de acebo, de un verde brillante, en la corona que sostenía—. Además, yo no pienso llevar hierro.

—Si pueden salir de los cuerpos —dijo Cronista—, ¿por qué el de anoche no salió del cuerpo de aquel hombre? ¿Por qué no se metió en alguno de nosotros?

Hubo un largo silencio, y entonces Bast se dio cuenta de que los otros dos lo estaban mirando.

—¿Me lo preguntas a mí? —Soltó una risita incrédula—. No tengo ni idea. *Anpauen*. A los últimos bailarines de piel los cazaron hace cientos de años. Mucho antes de mi época. Yo solo he oído historias.

—Entonces, ¿cómo sabemos que no saltó? —preguntó Cronista despacio, como si hasta preguntarlo le diera apuro—. ¿Cómo sabemos que no sigue aquí? —Estaba muy tieso en la silla—. ¿Cómo sabemos que ahora no está en alguno de nosotros?

—Pareció que muriese cuando murió el cuerpo del mercenario —dijo Kote—. Lo habríamos visto marchar. —Le lanzó una mirada a Bast—. Se supone que cuando abandonan el cuerpo toman la forma de una sombra oscura o de humo, ¿no es así?

Bast asintió.

—Además —señaló—, si hubiera salido del cuerpo, habría empezado a matar gente con el nuevo cuerpo. Eso es lo que suelen hacer. Van saltando de un cuerpo a otro hasta que no queda nadie con vida.

El posadero miró a Cronista y compuso una sonrisa tranquilizadora.

—¿Lo ves? Quizá ni siquiera fuera un bailarín de piel. Quizá solo fuera algo parecido.

La mirada de Cronista delataba espanto.

—Pero ¿cómo podemos estar seguros? Ahora mismo podría estar dentro del cuerpo de cualquiera de los vecinos...

—Podría estar dentro de mí —dijo Bast con desenvoltura—. A lo mejor solo estoy esperando a que bajes la guardia y entonces te morderé en el pecho, justo a la altura del corazón, y me beberé toda su sangre. Como si succionara el jugo de una ciruela.

Los labios de Cronista dibujaban una delgada línea.

—No tiene gracia —dijo.

Bast levantó la cabeza y miró a Cronista con una sonrisa maliciosa, mostrando los dientes. Pero había algo inquietante en su expresión. La sonrisa duraba demasiado. Era demasiado radiante. Y Bast no miraba directamente al escribano, sino ligeramente hacia un lado.

Se quedó quieto un momento; sus dedos ya no trabajaban, ágiles, entre las verdes hojas. Se miró las manos con curiosidad y dejó caer la corona de acebo sin terminar sobre la barra. Su sonrisa se apagó poco a poco y dejó paso a un semblante inexpresivo; echó un vistazo a la taberna, como embobado.

—¿Te veyan? —dijo con una voz extraña. Sus ojos, vidriosos, reflejaban confusión—. ¿Te-tanten ventelanel?

Entonces, moviéndose a una velocidad asombrosa, Bast se lanzó hacia Cronista desde detrás de la barra. El escribano saltó de la silla, apartándose de un brinco. Derribó dos mesas y media docena de sillas antes de tropezar y caer al suelo, moviendo los brazos y las piernas desesperadamente en un intento de llegar hasta la puerta.

Mientras se arrastraba, muerto de miedo, pálido y horrorizado, Cronista lanzó una rápida mirada por encima del hombro, y vio que Bast no había dado más de tres pasos. El joven moreno estaba de pie junto a la barra, doblado por la cintura y temblando muerto de risa. Con una mano se tapaba la cara, y con la otra apuntaba a Cronista. Sus carcajadas eran tan violentas que apenas podía respirar. Al cabo de un momento tuvo que sujetarse con ambos brazos a la barra.

Cronista estaba furioso.

—¡Imbécil! —gritó mientras se ponía de pie con dificultad—. ¡Eres... eres un imbécil!

Bast, todavía falto de aire por la risa, levantó los brazos y, casi sin fuerzas, hizo ver que arañaba el aire, como un niño que imita a un oso.

—Bast —lo reprendió el posadero—. Venga. Por favor. —Pero si bien el tono de Kote era severo, la risa se reflejaba en sus ojos. Le temblaban los labios, tratando de no dejar escapar una sonrisa.

Ofendido, Cronista puso las sillas y las mesas en su sitio, golpeándolas contra el suelo con más fuerza de la necesaria. Cuando por fin llegó a la mesa a la que antes estaba sentado, tomó de nuevo asiento, con la espalda muy tiesa. Para entonces Bast volvía a estar detrás de la barra, con la respiración agitada y muy concentrado en el acebo que tenía en las manos.

Cronista lo fulminó con la mirada y se frotó la espinilla. Bast sofocó algo que, teóricamente, habría podido ser una tos.

Kote rió para sus adentros y sacó otra rama de acebo del fardo, añadiéndola al largo cordón que estaba trenzando. Levantó la cabeza y miró a Cronista.

—Antes de que me olvide, creo que hoy vendrá gente a solicitar tus servicios de escribano.

—Ah, ¿sí? —Cronista parecía sorprendido.

Kote asintió y dio un suspiro de irritación.

—Sí. La noticia ya ha empezado a correr, no podemos hacer nada. Tendremos que ocuparnos de ellos como podamos. Por suerte, todo aquel que tenga dos buenas manos estará trabajando en el campo hasta mediodía, de modo que no tendremos que preocuparnos por eso hasta...

Los dedos del posadero, que manejaban las ramas de acebo con torpeza, partieron una rama, y una espina se le clavó en la yema del pulgar. El pelirrojo no se inmutó ni maldijo en voz alta; se limitó a fruncir el ceño y mirarse las manos mientras se formaba una gota de sangre, roja como una baya.

El posadero, arrugando la frente, se llevó el pulgar a la boca. Su expresión ya no era risueña, y tenía la mirada dura e inescrutable. Dejó a un lado el cordón de acebo sin terminar, con un gesto tan deliberadamente desenfadado que casi daba miedo.

Volvió a mirar a Cronista y, con una voz absolutamente calmada, agregó:

—Lo que quiero decir es que deberíamos aprovechar el tiempo antes de que nos interrumpen. Pero antes, supongo que querrás desayunar algo.

—Si no es mucha molestia —contestó Cronista.

—En absoluto —dijo Kote; se dio la vuelta y entró en la cocina. Bast lo vio marchar con gesto de preocupación.

—Tendrías que apartar la sidra del fuego y ponerla fuera a enfriar —le gritó—. La última tanda parecía mermelada y no jugo. Ah, y he encontrado unas hierbas ahí fuera. Están encima del barril del agua de lluvia. Míratelas, a ver si sirven para la cena.

Una vez solos en la taberna, Bast y Cronista se miraron largamente por encima de la barra. El único sonido que se oyó fue el golpe de la puerta trasera al cerrarse.

Bast le hizo un último arreglo a la corona que tenía en las manos y la examinó desde todos los ángulos. Se la acercó a la cara como si fuera a olerla; pero en lugar de eso, inspiró hondo llenando los pulmones, cerró los ojos y sopló sobre las hojas de acebo, tan suavemente que estas apenas se movieron. Abrió los ojos, compuso una sonrisa adorable de disculpa y fue hacia Cronista.

—Toma. —Ofreció la corona de acebo al escribano, que seguía sentado.

Cronista no hizo ademán de cogerla, pero Bast no borró la sonrisa de sus labios.

—No lo has visto porque estabas muy entretenido cayéndote —dijo con voz queda—, pero cuando has salido corriendo, se ha reído. Ha soltado tres buenas carcajadas desde lo más hondo del vientre. Tiene una risa maravillosa. Es como la fruta. Como la música. Llevaba meses sin oírla.

Bast volvió a tenderle la corona de acebo sonriendo con timidez.

—Esto es para ti. Le he puesto toda la grammaría que tengo. Se mantendrá viva y verde más tiempo del que imaginas. Cogí el acebo de la manera adecuada y le he dado forma con mis propias manos. Está cogido, tejido y movido con un propósito. —Alargó un poco más el brazo, como un niño tímido entregando un ramo de flores—. Tómala. Es un regalo que te hago de buen grado. Te lo ofrezco sin compromiso, impedimento ni obligación.

Cronista, vacilante, estiró el brazo y cogió la corona. La examinó dándole vueltas con las manos. Entre las hojas verde oscuro había unas bayas rojas que parecían gemas, y estaba hábilmente trenzada, de manera que las espinas apuntaban hacia fuera. Se la colocó con

cuidado sobre la cabeza y comprobó que se ajustaba muy bien al contorno de su frente.

—¡Aclamemos todos al Señor del Desgobierno! —gritó Bast, sonriendo y levantando las manos. Luego soltó una risa jubilosa.

Una sonrisa se asomó a los labios de Cronista mientras se quitaba la corona.

—Bueno —dijo en voz baja al mismo tiempo que bajaba las manos hasta el regazo—, ¿significa esto que estamos en paces?

Bast ladeó la cabeza, confuso.

—¿Cómo dices?

—Me refiero a lo que me dijiste... anoche... —Cronista parecía incómodo.

Bast parecía sorprendido.

—Ah, no —dijo con seriedad, negando con la cabeza—. No. En absoluto. Me perteneces, hasta la médula de los huesos. Eres un instrumento de mis deseos. —Echó un vistazo hacia la cocina, y su expresión se tornó amarga—. Y ya sabes qué es lo que deseo. Hacerle recordar que es algo más que un posadero que prepara tartas. —La última palabra fue casi un escupitajo.

—Sigo sin saber qué puedo hacer yo —repuso Cronista, removiéndose en la silla y desviando la mirada.

—Harás todo lo que puedas —replicó Bast en voz baja—. Lo harás salir de dentro de sí mismo. Lo despertarás. —Esto último lo dijo con fiereza.

Puso una mano en el hombro de Cronista y entrecerró ligeramente los ojos azules.

—Le harás recordar. Lo harás.

Cronista vaciló un momento; luego agachó la cabeza, miró la corona de acebo que tenía en el regazo y asintió con una leve inclinación.

—Haré lo que pueda.

—Eso es lo único que todos nosotros podemos hacer —dijo Bast, y le dio una palmadita amistosa en la espalda—. Por cierto, ¿qué tal el hombro?

El escribano lo hizo girar, y el movimiento pareció fuera de lugar, porque el resto de su cuerpo se mantuvo rígido y quieto.

—Dormido. Frío. Pero no me duele.

—Era de esperar. Yo en tu lugar no me preocuparía. —Bast le sonrió alentadoramente—. La vida es demasiado corta para que os preocupéis por cosas sin importancia.

Desayunaron: patatas, tostadas, tomates y huevos. Cronista se sirvió una ración respetable, y Bast comió por tres. Kote iba haciendo sus tareas: fue a buscar más leña, echó carbón al horno para prepararlo para cocer las tartas y vertió en jarras la sidra que había puesto a enfriar.

Estaba llevando un par de jarras de sidra a la barra cuando se oyeron unas pisadas de botas en el porche de madera de la posada, más fuertes que unos golpes dados en la puerta con los nudillos. Al cabo de un momento, el aprendiz del herrero irrumpió en la taberna. Pese a tener solo dieciséis años, era uno de los hombres más altos del pueblo, y tenía unos hombros anchos y unos brazos gruesos.

—Hola, Aaron —dijo el posadero con serenidad—. Cierra la puerta, ¿quieres? Entra mucho polvo.

Cuando el aprendiz del herrero se dio la vuelta para cerrar la puerta, el posadero y Bast, sin decirse nada y actuando perfectamente coordinados, escondieron con rapidez casi todo el acebo debajo de la barra. El aprendiz del herrero se dio la vuelta de nuevo y vio a Bast jugueteando distraídamente con algo que habría podido ser una pequeña guirnalda inacabada. Algo con que mantener los dedos ocupados para combatir el aburrimiento.

Aaron no dio muestras de haber notado nada raro cuando se apresuró hacia la barra.

—Señor Kote —dijo, emocionado—, ¿podría prepararme unas provisiones de viaje? —Agitó un saco de arpillera vacío—. Carter me ha dicho que usted sabría a qué me refiero.

El posadero asintió.

—Tengo pan y queso, salchichas y manzanas. —Le hizo una seña a Bast, que agarró el saco y se dirigió a la cocina—. ¿Adónde va Carter?

—Nos vamos los dos —dijo el chico—. Hoy los Orrison van a vender unos añojos en Treya, y nos han contratado a Carter y a mí para que los acompañemos, ya que los caminos están muy mal y todo eso.

—Treya —musitó el posadero—. Entonces no volveréis hasta mañana.

El aprendiz del herrero depositó despacio un delgado sueldo de plata sobre la brillante barra de caoba.

—Carter confía en encontrar también un sustituto para Nelly. Pero dice que si no encuentra ningún caballo, quizá acepte la paga del rey.

—¿Carter piensa alistarse? —preguntó Kote arqueando las cejas. El chico sonrió con una extraña mezcla de regocijo y tristeza.

—Dice que no tiene alternativa si no encuentra un caballo para su carro. Dice que en el ejército se ocupan de ti, que te dan de comer y que ves mundo. —La emoción se reflejaba en la mirada del joven, cuya expresión se debatía entre el entusiasmo de un niño y la seria preocupación de un hombre—. Y ahora ya no te dan un noble de plata por alistarte. Ahora te dan un real. Un real de oro.

El rostro del posadero se ensombreció.

—Carter es el único que se está planteando alistarse, ¿verdad? —Miró al chico a los ojos.

—Un real es mucho dinero —admitió el aprendiz del herrero, con sonrisa furtiva—. Y la vida es dura desde que murió padre y madre vino a vivir aquí desde Rannish.

—Y ¿qué opina tu madre de que te alistes en el ejército?

El chico se puso serio.

—Espero que no se me ponga usted de su lado —protestó—. Creí que lo entendería. Usted es un hombre, sabe que un hombre debe cuidar de su madre.

—Lo que sé es que tu madre preferiría tenerte en casa, sano y salvo, que nadar en una bañera de oro, muchacho.

—Estoy harto de que la gente me llame «muchacho» —le espetó el aprendiz del herrero, ruborizándose—. Puedo ser útil en el ejército. Cuando los rebeldes juren lealtad al Rey Penitente, las cosas empezarán a mejorar otra vez. No tendremos que pagar tantos impuestos. Los Bentley no perderán sus tierras. Los caminos volverán a ser seguros. —Entonces su expresión se entristeció, y por un instante su rostro dejó de parecer joven—. Y entonces madre no tendrá que esperarme, angustiada, cada vez que yo salga de casa —añadió con voz lúgubre—. Dejará de despertarse tres veces por la noche para comprobar los postigos de las ventanas y la tranca de la puerta.

Aaron miró al posadero a los ojos y enderezó la espalda; al dejar de encorvarse, le sacaba casi una cabeza al pelirrojo.

—Hay veces en que un hombre tiene que defender a su rey y su país.

—¿Y Rose? —preguntó el posadero con voz suave.

El aprendiz se sonrojó y bajó la mirada, avergonzado. Volvió a dejar caer los hombros y se desinfló como una vela cuando el viento deja de soplar.

—Señor, ¿lo saben todos?

El posadero asintió al tiempo que esbozaba una sonrisa amable.

—En un pueblo como este no hay secretos.

—Bueno —dijo Aaron con decisión—, esto también lo hago por ella. Por nosotros. Con mi paga de soldado y con lo que tengo ahorrado, podré comprar una casa para nosotros, o montar mi propio taller sin tener que recurrir a ningún prestamista miserable.

Kote abrió la boca y volvió a cerrarla. Se quedó pensativo el tiempo que tardó en inspirar y expirar lentamente, y luego, como si escogiera sus palabras con mucho cuidado, preguntó:

—¿Sabes quién es Kvothe, Aaron?

El aprendiz del herrero puso los ojos en blanco.

—No soy idiota. Anoche mismo hablábamos de él, ¿no se acuerda? —Miró más allá del hombro del posadero, hacia la cocina—. Mire, tengo que marcharme. Carter se pondrá furioso si no...

Kote hizo un gesto tranquilizador.

—Te propongo un trato, Aaron. Escucha lo que quiero decirte, y entonces podrás llevarte la comida gratis. —Deslizó el sueldo de plata sobre la barra hacia el muchacho—. Así podrás utilizar esto para comprarle algo bonito a Rose en Treya.

—De acuerdo —dijo Aaron asintiendo con cautela.

—¿Qué sabes de Kvothe por las historias que has oído contar? ¿Qué aspecto crees que tiene?

—¿Aparte de aspecto de muerto? —dijo Aaron riendo.

Kote compuso un amago de sonrisa.

—Aparte de aspecto de muerto.

—Dominaba todo tipo de magias secretas —respondió Aaron—. Sabía seis palabras que, susurradas al oído de un caballo, le hacían correr ciento cincuenta kilómetros sin parar. Podía convertir el hierro en oro y atrapar un rayo en una jarra de litro para utilizarlo más tarde. Sabía una canción que abría cualquier cerrojo, y podía romper una puerta de roble macizo con una sola mano...

Aaron se interrumpió.

—En realidad depende de la historia. A veces es un buen tipo, una especie de Príncipe Azul. Una vez rescató a unas muchachas de una cuadrilla de ogros...

Otra sonrisa apagada.

—Ya.

—... pero en otras historias es un cabronazo —continuó Aaron—. Robó magias secretas de la Universidad. Por eso lo echaron de allí, ¿sabe? Y no le pusieron el apodo de Kvothe el Asesino de Reyes por lo bien que tocaba el laúd.

La sonrisa desapareció de los labios del posadero, que asintió con la cabeza.

—Cierto. Pero ¿cómo era?

—Era pelirrojo, si se refiere a eso —dijo Aaron frunciendo un poco el ceño—. En eso coinciden todas las historias. Un diablo con la espada. Era sumamente listo. Y además tenía mucha labia, y la empleaba para salir de todo tipo de aprietos.

El posadero asintió.

—Muy bien —dijo—. Y si tú fueras Kvothe, y sumamente listo, como tú dices, y de pronto pagaran por tu cabeza mil reales de oro y un ducado, ¿qué harías?

El aprendiz del herrero sacudió la cabeza y se encogió de hombros; no sabía qué responder.

—Pues si yo fuera Kvothe —dijo el posadero—, fingiría mi muerte, me cambiaría el nombre y buscaría un pueblecito perdido. Entonces abriría una posada y haría todo lo posible por desaparecer del mapa. —Miró al joven—. Eso sería lo que yo haría.

Aaron desvió la mirada hacia el cabello del posadero, hacia la espada colgada sobre la barra y, por último, de nuevo a los ojos del hombre pelirrojo.

Kote asintió lentamente, y entonces señaló a Cronista.

—Ese hombre no es un escribano como otro cualquiera. Es una especie de historiador, y ha venido a escribir la verdadera historia de mi vida. Te has perdido el principio, pero si quieres, puedes quedarte a oír el resto. —Esbozó una sonrisa relajada—. Yo puedo contarte historias que nadie ha oído nunca. Historias que nadie volverá a oír. Historias sobre Felurian, sobre cómo aprendí a luchar con los Adem. La verdad sobre la princesa Ariel.

El posadero tendió un brazo por encima de la barra y tocó el del chico.

—La verdad es que te tengo aprecio, Aaron. Creo que eres muy espabilado, y no me gustaría nada ver cómo echas a perder tu vida. —Respiró hondo y miró al aprendiz del herrero con intensidad. Sus ojos eran de un verde asombroso—. Sé cómo empezó esta guerra. Sé la verdad sobre ella. Cuando la hayas oído, ya no estarás tan impaciente por marcharte corriendo a pelear y morir en ella.

El posadero señaló una de las sillas vacías de la mesa, junto a Cronista, y compuso una sonrisa tan fácil y tan adorable que parecía la de un príncipe de cuento.

—¿Qué me dices?

Aaron miró muy serio al posadero por un momento; su mirada subió hacia la espada, y luego volvió a descender.

—Si de verdad es usted... —No terminó la frase, pero su expresión la convirtió en una pregunta.

—Sí, lo soy de verdad —afirmó Kote con amabilidad.

—En ese caso, ¿puedo ver su capa de ningún color? —preguntó el aprendiz con una tímida sonrisa.

La sonrisa adorable del posadero se quedó rígida y crispada como un vidrio roto.

—Confundes a Kvothe con Táborlin el Grande —dijo Cronista desde el otro extremo de la habitación, con toda naturalidad—. El de la capa de ningún color era Táborlin.

Aaron se volvió y miró al escribano con gesto de desconcierto.

—Entonces, ¿qué era lo que tenía Kvothe?

—Una capa de sombra —respondió Cronista—. Si no recuerdo mal.

El chico se volvió de nuevo hacia la barra.

—Pues ¿puede enseñarme su capa de sombra? —preguntó—. ¿O hacer algún truco de magia? Siempre he querido ver alguno. Me contentaría con un poco de fuego, o con un relámpago. No quiero que se canse por mi culpa.

Antes de que el posadero pudiera dar una respuesta, Aaron soltó una carcajada.

—Solo estaba tomándole un poco el pelo, señor Kote. —Volvió a sonreír, más abiertamente que antes—. ¡Divina pareja!, jamás en la vida había hablado con un mentiroso de su talla. Ni siquiera mi tío Alvan podía soltarla tan gorda con esa cara tan seria.

El posadero miró hacia abajo y murmuró algo incomprensible.

Aaron tendió un brazo por encima de la barra y puso su ancha mano sobre el hombro de Kote.

—Ya sé que solo intenta ayudar, señor Kote —dijo con ternura—. Es usted un buen hombre, y pensaré en lo que me ha dicho. No iré corriendo a alistarme. Solo quiero estudiar bien mis opciones.

El aprendiz del herrero sacudió la cabeza, contrito.

—De verdad. Esta mañana todos me sueltan alguna. Mi madre me ha venido con que tiene tisis. Rose me ha dicho que está embarazada. —Se pasó una mano por el cabello y chascó la lengua—. Pero lo suyo se lleva la palma, he de reconocerlo.

—Bueno, es que... —Kote consiguió forzar una sonrisa—. No habría podido mirar a tu madre a la cara si no lo hubiera intentado.

—Si hubiera escogido cualquier otro detalle, quizá me lo habría tragado —repuso el chico—. Pero todo el mundo sabe que la espada de Kvothe era de plata. —Desvió la mirada hacia la espada colgada en la pared—. Y tampoco se llamaba Delirio. Se llamaba Kaysera, la asesina de poetas.

El posadero se estremeció un poco al oír eso.

—¿La asesina de poetas?

—Sí, señor —confirmó Aaron asintiendo con obstinación—. Y su escribano tiene razón. Llevaba una capa hecha de telarañas y sombras, y anillos en todos los dedos. ¿Cómo era?

Cinco anillos llevaba en una mano:
de piedra, hierro, ámbar, madera y hueso.
En...

El aprendiz arrugó la frente.

—No me acuerdo del resto. Decía algo del fuego...

El hombre pelirrojo adoptó una expresión insondable. Miró hacia abajo, hacia sus manos, extendidas y posadas sobre la barra, y al cabo recitó:

En la otra, invisibles, otros cinco:
una sortija de sangre, el primero;
de aire, tenue como un susurro, el segundo;
el de hielo encerraba una grieta,
con un fulgor débil brillaba el de fuego,
y el último anillo no tenía nombre.

—Eso es —dijo Aaron sonriendo—. No tendrá ninguno de esos anillos escondido detrás de la barra, ¿verdad? —Se puso de puntillas e hizo como si se asomara.

Kote esbozó una sonrisa avergonzada.

—No. No tengo ninguno.

Ambos se sobresaltaron cuando Bast dejó caer un saco de arpilleras sobre la barra con un golpazo.

—Creo que con esto habrá comida suficiente para dos días para Carter y para ti, y quizá hasta sobre —dijo Bast con brusquedad.

Aaron se cargó el saco a la espalda y se dirigió hacia la puerta, pero titubeó y miró a los dos hombres que estaban detrás de la barra.

—No me gusta pedir favores. El viejo Cob me ha prometido que cuidará de mi madre, pero...

Bast salió de detrás de la barra y fue a acompañar al chico hasta la puerta.

—Seguro que estará bien. Si quieres, yo puedo pasar a ver a Rose. —Miró al aprendiz con una sonrisa lasciva en los labios—. Solo para asegurarme de que no se siente sola, ya sabes.

—Se lo agradecería mucho —repuso Aaron, aliviado—. Cuando me he ido la he dejado un poco compungida. Le iría bien que alguien la reconfortara un poco.

Bast, que ya había empezado a abrir la puerta de la posada, se quedó quieto y miró, incrédulo, al corpulento Aaron. Entonces meneó la cabeza y terminó de abrir.

—Bueno, buen viaje. Pásalo bien en la gran ciudad. Y no bebas agua.

Bast cerró la puerta y apoyó la frente en la madera, como si de pronto se sintiera muy cansado.

—¿«Le iría bien que alguien la reconfortara un poco»? —repitió con incredulidad—. Retiro todo lo dicho alguna vez de que ese chico sea listo. —Se volvió hacia la barra mientras apuntaba con un dedo a la puerta cerrada—. Eso —dijo con firmeza, sin dirigirse a nadie en particular—, eso es lo que pasa por trabajar con hierro todos los días.

El posadero chascó la lengua y se apoyó en la barra.

—Ya ves lo que queda de mi labia legendaria.

Bast dio un resoplido de desprecio.

—Ese muchacho es un idiota, Reshi.

—¿Y debería sentirme mejor porque no he sabido persuadir a un idiota, Bast?

Cronista carraspeó débilmente.

—Parece, más bien, un testimonio del gran papel que has hecho aquí —dijo—. Has interpretado tan bien al posadero que ya no pueden concebir que seas alguna otra cosa. —Abrió un brazo abarcando la taberna vacía—. Francamente, me sorprende que estés dispuesto a arriesgar la vida que te has construido aquí solo para impedir que el muchacho no se aliste en el ejército.

—No es un gran riesgo —dijo el posadero—. No es una gran vida. —Se enderezó, salió de detrás de la barra y fue hasta la mesa a la que estaba sentado Cronista—. Soy responsable de todas las muertes de esta estúpida guerra. Solo pretendía salvar una vida. Por lo visto, ni siquiera de eso soy capaz.

Se sentó enfrente de Cronista y continuó:

—¿Dónde lo dejamos ayer? Si puedo evitarlo, prefiero no repetirme.

—Acababas de llamar al viento y de darle a Ambrose una muestra de lo que le esperaba —dijo Bast desde la puerta—. Y lloriqueabas como un bobo por tu amada.

—Yo no lloriqueo como un bobo, Bast —protestó Kote levantando la cabeza.

Cronista abrió su cartera de cuero y sacó una hoja de papel que tenía tres cuartas partes escritas con letra pequeña y precisa.

—Si quieres, puedo leerte lo último.

Kote tendió una mano.

—Recuerdo tu clave lo suficientemente bien para leerlo por mí mismo —dijo cansinamente—. Dámelo. Quizá me ayude a refrescar la memoria. —Miró a Bast—. Si vas a escuchar, ven aquí y siéntate. No quiero verte rondando.

Bast fue correteando hasta la silla mientras Kote inspiraba hondo y leía la última página de la historia que había relatado el día anterior. El posadero guardó un largo silencio. Sus labios temblaron un instante, como si fueran a fruncirse, y luego dibujaron algo parecido a la débil sombra de una sonrisa.

Asintió con aire pensativo; todavía seguía mirando la hoja.

—Había dedicado gran parte de mi corta vida a intentar entrar en la Universidad —dijo—. Quería estudiar allí antes incluso de que mataran a mi troupe. Antes de saber que los Chandrian eran más que una historia para contar alrededor de una fogata. Antes de empezar a buscar a los Amyr.

El posadero se reclinó en el respaldo de la silla; su expresión de cansancio desapareció y se tornó pensativa.

—Creía que cuando llegara allí, todo sería fácil. Aprendería magia y encontraría respuestas para todas mis preguntas. Creía que todo sería sencillo como en los cuentos.

Kvothe sonrió, un poco abochornado, y su expresión hizo que su rostro pareciera asombrosamente joven.

—Y tal vez lo habría sido, si no tuviera tanto talento para crearme enemigos y buscarme problemas. Lo único que yo quería era tocar mi música, asistir a las clases y buscar mis respuestas. Todo lo que quería estaba en la Universidad. Lo único que quería era quedarme allí. —Asintió para sí—. Por ahí es por donde deberíamos empezar.

El posadero le devolvió la hoja de papel a Cronista, que, distraído, la alisó con una mano. A continuación, Cronista destapó el tintero y

mojó la pluma. Bast se inclinó hacia delante, expectante, sonriendo como un niño impaciente.

Kvothe paseó la mirada por la estancia observándolo todo. Inspiró hondo y de pronto sonrió. Y por un instante no pareció en absoluto un posadero. Tenía los ojos intensos y brillantes, verdes como una brizna de hierba.

—¿Preparados?